

escribiese una carta al espresado mariscal, en que, á propósito del paso tardio del Elba, le recordaba amargamente su salida precipitada de Naumburgo el dia en que se dieron las batallas de Jena y Awerstaedt (1) Sin embargo, como su-

(1) A continuacion verán nuestros lectores dicha carta que existe en el archivo de la guerra.

*El mariscal Berthier al mariscal Bernadotte.*

Halle, 21 de octubre de 1806.

Señor mariscal: el emperador me encarga os escriba diciendos que está muy descontento conque no hayais cumplido la orden que recibisteis, y en que se os mandaba fueseis ayer á Calbe para echar un puente en la embocadura del Saale, ó lo que es lo mismo en Barby. Y eso que debiais conocer que todas las disposiciones del emperador estaban combinadas entre si.

S. M. que está muy disgustado con que no hayais ejecutado sus órdenes, os recuerda con este motivo que no os hallasteis en la batalla de Jena, lo cual pudo comprometer la suerte del ejército, y hacer que se frustrasen las grandes combinaciones de S. M., al mismo tiempo que puso en duda y ensangrentó la batalla mas de lo que debia. Por mucho que esto afectase el ánimo del emperador, no quiso hablaros de ello, porque acordándose de vuestros anteriores servicios, temia afligiros, y la consideracion que os tiene le indujo á callar; pero en estas circunstancias, viendo que no habeis ido á Calbe, ni intentado el paso del Elba, séase por Barby, séase en la embocadura del Saale, el emperador se ha decidido á manifestaros su modo de pensar, porque no está acostumbrado á que se sacrifiquen sus operaciones por etiquetas sobre mando, inútiles de todo punto.

El emperador, señor mariscal, me encarga tambien os hable de una cosa menos importante; á saber: que á pesar de haber recibido ayer orden en que se os mandaba enviaseis aquí

cede cuando nos guiamos no tanto por las reglas de la justicia como por los impulsos del alma, Napoleon, que la primera vez fué demasiado indulgente, se mostró sobrada riguroso la segunda, porque la lentitud del mariscal Bernadotte en pasar el Elba, mas que á él se debia á los elementos. Lannes se arrojó sobre Dessau, y de allí sobre el puente del Elba, que los prusianos habian medio destruido; pero se apresuró á componerlo. El mariscal Davout llegó á Witemberga, y tambien encontró á los prusianos ocupados en destruir el puente del Elba, y dispuestos á prender fuego á un almacen de pólvora poco distante de la poblacion; pero los habitantes de ella, que eran sajones, y sabian ya que Napoleon queria evitar á su patria las consecuencias de la guerra, se apresuraron á salvar el puente, á arrancar las mechas, y á ayudar á los franceses á que evitasen una esplosion. El dia 20 de octubre fué cuando los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte, pasaron el Elba, á los seis de haberse dado las batallas de Jena y Awerstaedt, de suerte que ni siquiera se perdió una hora. En dos batallas importantes, y en la accion de Halle, accion

tres companias para conducir vuestros prisioneros, no lo habeis hecho. En Halle quedan 3,500 sin ninguna escolta, y el emperador os manda, señor mariscal, que enviéis inmediatamente un oficial de estado mayor á la cabeza de tres companias completas que formen trescientos hombres, para recoger todos los prisioneros que hay en el Halle, y conducirlos á Erfurt. Aquí solo queda la guardia imperial, y el emperador no quiere escolte los prisioneros hechos por vuestro cuerpo de ejército. Son las nueve, y ya no se trata de las tres companias que os pedí ayer.

vivamente disputada, solo se invirtió el tiempo necesario para pelear, y la marcha de nuestras columnas no se suspendió ni un instante. Los mismos prusianos, á pesar de la rapidez con que huían, no llegaron al Elba hasta el 20 de octubre, y lo pasaron por Magdeburgo, el mismo día en que los mariscales Lannes y Davout lo pasaban por Dessau y Witemberga, pero se presentaron en un estado de desorganizacion que cada vez iba en mayor aumento, sin poder defender su curso inferior, y sin tener siquiera la esperanza de llegar antes que ellos á la línea del Oder, que era en lo que estribaba su salvacion.

A pesar de la impaciencia que tenia Napoleon por trasladarse á Berlin, á fin de dirigir sus tropas hácia el Oder, se detuvo un día en Witemberga, para tomar allí precauciones de marcha que cuidaba de ir multiplicando á medida que llevaba la guerra á mayor distancia. Ya hemos visto que cuando iba internándose en Austria, convertia en puntos de apoyo á Augsburgo, Braunau y Lintz: pues bien, en la expedicion mucho mas larga sin duda alguna, que emprendia á la sazón, queria formar por el camino sitios que sirviesen de abrigo para sus hombres cansados ó enfermos, los reclutas que le enviaban de Francia, y el material que se proponia reunir tanto en municiones como en viveres. Así que se apoderó de Erfurt, varió su línea de puntos de descanso, y en vez de hacer que pasase por Franconia, que era la provincia por donde habia entrado en Prusia, le dió su direccion natural, haciendo que pasase por la carretera comun y central de Alemania, esto es por Maguncia, Francfort, Eisenach,

Erfurt, Weimar, Naumburgo, Halle y Witemberga. Erfurt tenia bastante buena defensa, estaba lleno de un material considerable, y Napoleon lo convirtió en primera parada del camino militar que queria trazar por medio de Alemania. Witemberga poseia antiguas fortificaciones medio destruidas, y por este motivo, pero sobre todo teniendo en cuenta el puente que allí habia para pasar el Elba, mandó Napoleon poner aquella plaza en estado de defensa, á lo menos segun lo que se podia hacer en el espacio de dos ó tres semanas. Entregó, pues, una gran cantidad de dinero al general Chasseloup para que emplease, pagándoles su trabajo, á seis ó siete mil jornaleros de aquel país, en construir obras de campaña de gran relieve, á falta de otras regulares; mando descarnar las antiguas escarpas, levantar las que no tenian la altura necesaria, y donde no habia tiempo para hacer obras de albañileria, dispuso se pusiese madera en igual de piedra, pues la habia y muy abundante en las selvas inmediatas. Levantáronse inmensas empalizadas, y en cierto modo se edificó un campo romano, como los que edificaban los antiguos conquistadores del mundo en medio de las Galias y la Germania, mandando tambien Napoleon construir hornos en el mismo Witemberga, reunir granos, y hacer galleta. Quiso igualmente que en aquel sitio se reuniese el gran parque de artilleria, y que se organizarasen talleres, apoderándose de los edificios y sitios públicos para crear hospitales capaces de contener los heridos y enfermos de un ejército numeroso. Por último, mandó poner en batería sobre las improvisadas murallas de aquel vasto

depósito, mas de cien cañones de grueso calibre, recogidos en su victoriosa marcha. En seguida, así como habia nombrado al general Clarke gobernador de Erfurt, nombró á su ayudante de campo Lemerrois, gobernador de Witemberga, repartiendo entre esta poblacion y la de Erfurt los heridos, que clasificó en heridos de gravedad y heridos levemente, es decir, en heridos que necesitaban mucho tiempo para restablecerse, y en heridos que podian volver á las filas al cabo de pocos dias. Los heridos levemente se quedaron en Witemberga, á fin de que pudieran incorporarse á sus banderas inmediatamente, y los otros fueron enviados á Erfurt. Por lo que hace á las tropas, cada regimiento, ademas del depósito principal que tenia en Francia, tuvo tambien otro de campaña en Witemberga, donde debian quedar los hombres cansados ó levemente indispuestos, á fin de que, cuidándolos algunos dias, pudieran volver á ponerse en marcha, sin llenar de aspeados los caminos, y sin presentar el espectáculo que ofrece la cola de un ejército, enfermo, impotente, y que va alargándose á medida que son mayores los movimientos y dura mas la guerra. Los destacamentos de conscriptos que salian de Francia formando cuerpo, tenian orden de detenerse en Erfurt y Witemberga, para pasarles allí revista, darles lo que les hiciera falta, aumentar su número con los hombres ya restablecidos, y dirigirlos á sus regimientos. Por último, Napoleón mandó se enviase á aquellos mismos depósitos, pero sobre todo al de Witemberga, la inmensa cantidad de magníficos caballos que iba recogiendo en toda la Alemania, y dispuso que

todos los regimientos de caballería pasasen por allí, á fin de que pudieran irse remontando. La misma orden se dió á los dragones que llegaban de Francia desmontados, pues en aquellos depósitos tenian los caballos que no habian podido proporcionarles el gobierno dentro del reino. Así es como Napoleón concentraba en un asilo bien defendido, todos los recursos del pais conquistado, que con tanta habilidad sabia quitar al enemigo, y utilizar en provecho propio. Yendo como iba victorioso, y continuando su marcha hácia adelante, aquellas plazas eran para él unos puntos de parada, provistos de víveres en abundancia, municiones y material, y situados en el camino por donde tenian que pasar los cuerpos que iban á reforzar el ejército. Empero si se veia obligado á retirarse, eran puntos de apoyo y medios á propósito para rehacerse, colocados en la línea de retirada.

Después de verlo y ordenarlo todo por sí mismo, Napoleón dejó á Witemberga, y se encaminó hácia Berlin, porque el destino habia dispuesto que en el espacio de un año, visitase en clase de vencedor á Berlin y Viena. El rey de Prusia, que le habia escrito proponiéndole la paz, le envió M. de Lucchesini, á fin de negociar una tregua; pero Napoleón no quiso recibirle, dejando al cuidado del mariscal Duroc, el contestar al ministro del rey Federico Guillermo, segun lo exigiesen las circunstancias. Efectivamente, con acceder á los deseos del rey de Prusia se daba tiempo á que los rusos socorriesen á los prusianos; razon militar que no admitia réplica, á menos que no se presentase el enviado con poder especial de Rusia

y Prusia, para tratar inmediatamente de la paz, con las condiciones que Napoleón tenía derecho á imponer despues de las victorias que últimamente habia conseguido.

Mandó, pues, á todos sus cuerpos que marchasen hácia Berlin, disponiendo que el mariscal Davout saliese de Witemberga, por el camino que va directamente de esta poblacion á la capital del reino, esto es, por Fúterbock, y Lannes y Augereau, por el que conduce de Treuenbrietzen á Potsdam. Napoleón, con la guardia de á pié y á caballo, que estaba ya reunida, y ademas reforzada con siete mil granaderos y cazadores, marchaba entre aquellas dos columnas, porque para premiar al mariscal Davout por lo bien que se portó en Awerstaedt, queria fuese el primero que entrase en Berlin y recibiese de manos de los magistrados las llaves de la capital. En cuanto á él, antes de trasladarse á Berlin, se proponia permanecer en Potsdam, morada que fué de Federico el Grande, y por lo que hace á los mariscales Soult y Ney, les mandó poner sitio á Magdeburgo, así como á Murat que se quedase emboscado durante algunos dias en los alrededores de aquella gran plaza, á fin de recoger las hordas de fugitivos que corrian hácia allí en tropel.—Esa es una ratonera, le escribía Napoleón, en que con tu caballería atraparás á todos los cuerpos desbandados que busquen un sitio seguro por donde poder á través el Elba. En seguida debia Murat reunirse en Berlin con el ejército grande, para acudir desde allí hácia el Oder.

Despues de dejar que sus cuerpos de ejército se adelantasen un poco, se puso en marcha el 24

de octubre, y pasó por Kropitad para dirigirse á Potsdam; pero le sorprendió en el camino una furiosa tormenta, aunque el tiempo habia sido muy bueno desde el principio de la campaña. A pesar de ir á caballo, no era aquel un motivo para que se parase; pero sin embargo, le propusieron se acogiese á una casa que habia en medio de unos bosques, y era propia de un montero de Sajonia, y así lo hizo. Algunas mugeres que segun su lenguaje y vestidos, pertenecian á un rango elevado, recibieron sentadas alrededor de una gran lámpara á aquel grupo de oficiales franceses, á quienes se hubieran guardado bien de recibir mal, no solo por temor, sino por politica. Al parecer ignoraban quién era el principal de aquellos oficiales, en torno del cual se agrupaban los demas con muestras de respeto, cuando una de ellas, jóven todavia, exclamó no poco conmovida:—Ese es el emperador!—¿En qué me conocéis? le dijo Napoleón con sequedad.—Yo estuve con V. M. en Egipto, señor.—¿Y quéfuisteis á hacer en Egipto.—Mi marido era un oficial que ha muerto á vuestro servicio, y despues solicité una pension para mi y para mi hijo, pero como era estrangera, no pude conseguirlo, y he venido á casa de la dueña de esta morada, que ha tenido la bondad de recogerme y confiarme la educacion de sus hijos.—El semblante de Napoleón, severo al principio, porque no le gustó que le conocieran, perdió de pronto su adusta espresion. En seguida, dijo el emperador:—Pues bien, señora, se os dará una pension, y en cuanto á vuestro hijo, yo me encargo de educarlo.

Aquella misma noche quiso autorizar con su

firma ambas resoluciones, y dijo sonriéndose: —Nunca habia tenido una aventura en un bosque, de resultas de una tormenta; pero hoy me ha sucedido una, y no de las peores.

El 25 de octubre por la noche llegó á Potsdam, é inmediatamente se dió á visitar la morada del gran capitán, del gran rey, á quien llamaban el filósofo *sin aprension*, con alguna razon por cierto, pues al parecer sostuvo el peso de la espada y el cetro con risueña indiferencia, burlándose de todas las córtes de Europa, y aun nos atreveríamos á decir de sus pueblos, sino hubiese puesto tanto cuidado en gobernarlos bien. Napoleón recorrió el palacio grande y el chico de Potsdam, haciendo que le enseñasen las obras de Federico, las cuales estaban llenas de notas puestas por Voltaire, trató de inquirir en su biblioteca qué libros servian para pasto de aquella imaginación, y en seguida fué á ver en la iglesia de Potsdam el modesto mausoleo en que reposa el fundador de Prusia. En Potsdam se conservaba la espada de Federico, su cinturón, y el cordon del águila negra que solía llevar, y Napoleón los cogió diciendo:—Hé aquí un magnífico regalo para los inválidos, pero sobre todo para los que formaron parte del ejército de Hanover. Sin duda será para ellos una suerte ver en poder nuestro la espada del que venció en Rosbach.—Al apoderarse Napoleón con tanto respeto de aquellas preciosas reliquias, no ofendia seguramente ni á Federico ni á la nacion prusiana; pero ¡cuán extraordinario, cuán digno de meditacion es el misterioso enlace que liga, confunde, separa ó aproxima las cosas de este mundo! ¡No hay duda que era muy extraño el encuentro de Napoleón y Fede-

rico! ¡El rey filósofo, que sin sospecharlo siquiera, se convirtió desde el sόlio en uno de los que promovieron la revolución francesa, tendido en su atahud, recibia al general de aquella revolución, que iba á visitarle, convertido en emperador, y dueño por entonces de Berlin y Potsdam! ¡El vencedor de Rosbach recibiendo desde su sepulcro al vencedor de Jena! ¡Qué espectáculo tan magnífico y sorprendente! ¡Por desgracia, no debian ser aquellos los últimos cambios de la fortuna!

Mientras que el cuartel general se hallaba en Potsdam, el mariscal Davout entraba el 25 de octubre en Berlin con su cuerpo de ejército. Al emprender su retirada el rey Federico Guillermo, dejó entregado el mando de la capital al gobierno de la clase media, que presidia el príncipe de Hatzfeld, personage de consideracion, y los representantes de aquel gobierno ofrecieron á Davout las llaves de la capital; pero las devolvió diciendo pertenecian al que era mas que él, esto es, á Napoleón. Dejó en la ciudad solamente un regimiento para que cuidase del órden á medias con la milicia ciudadana, y en seguida fué á situarse media legua mas allá, es decir en Friedeichsfeld, posicion fortísima, dando la derecha al Spree, y la izquierda á unos bosques. De órden de Napoleón acampó militarmente, con la artilleria apuntada, parte de sus soldados de consigna en el campamento, y la otra yendo á visitar alternativamente la capital que habian conquistado con sus hechos de armas. Mandó construir barracas de paja y abeto, para que las tropas estuviesen al abrigo de los rigores de la estacion, y como no era necesario recomendar la disciplina al mariscal Davout, como solo se necesi-

taba cuidar de que no fuese tan severa, prometió á los magistrados de Berlin respetaria las personas y propiedades, como debe hacer todo conquistador civilizado, con la condicion de que los habitantes se mantendrian sumisos y le darian viveres durante el corto tiempo que el ejército debia permanecer dentro de sus muros, lo cual no era una carga muy pesada para una poblacion como Berlin.

Por lo demas, al dia siguiente de haber entrado los franceses en la capital, estaban abiertas las tiendas, y los habitantes circulaban tranquilamente por sus anchas calles, en mayor número que de costumbre, apesadumbrados y curiosos al parecer, lo cual era natural en un pueblo, patriota pero vivo, ilustrado, lleno de admiracion por todo lo que sea grande y deseoso de conocer á los generales y soldados que mas fama tenian entonces en el mundo. Por otra parte, desaprobaban que su gobierno hubiese emprendido una guerra descabellada, y semejante desaprobacion debia disminuir el rencor con que miraban á unos vencedores que habian sido provocados. Al mariscal Lannes se le envió hácia Potsdam y Spandau; el mariscal Augereau atravesó á Berlin en pos del mariscal Davout, y despues de permanecer Napoleon en Potsdam el 25 y 26, y en Charlottenburgo el 27, fijó su entrada en Berlin para el 28.

Aquella era la primera vez que iba á entrar como vencedor, siguiendo el egemplo de Alejandro ó César, en una capital conquistada, pues no fué asi como entró en Viena, cuya ciudad apenas visitó, viviendo siempre en Schœnbrunn, lejos de las miradas de los vienenses. Hoy, séase que estuviera orgulloso por haber destruido á un ejército

que pasaba por invencible, séase que deseara llenar de asombro á la Europa con un espectáculo ruidoso, séase que le hubiese desvanecido el humo de la victoria, subiéndosele á la cabeza mas de lo que solia, escogió la mañana del 28 para hacer en Berlin una entrada triunfal.

Toda la poblacion estaba en movimiento, á fin de presenciar aquella escena, y Napoleon entró rodeado de su guardia, y seguido de los hermosos coraceros mandados por los generales Hautpoul y Nansouty. La guardia imperial, lujosamente vestida, estaba aquel dia mas respetable que nunca, y delante los granaderos y cazadores á pie, detrás los granaderos y cazadores de á caballo, en medio los mariscales Berthier, Duroc, Davout y Augereau, y en el seno de aquel grupo, aislado por respeto, Napoleon con el sencillo uniforme que llevaba en las Tullerias y en los campos de batalla, Napoleon, objeto de las miradas de una multitud inmensa, silenciosa y llena de tristeza al mismo tiempo que de admiracion; tal fué el espectáculo que se ofreció á la vista de aquel pueblo, en la ancha y larga calle de Berlin, que vá á parar desde la puerta de Charlottenburgo al palacio de los reyes de Prusia. El pueblo recorria las calles, la clase media, rica se asomaba á las ventanas, y en cuanto á la nobleza, habia huido atemorizada y llena de confusion. Las mugeres de aquella opulenta clase media, contemplaban con avidez el espectáculo que tenian á la vista; algunas vertieron lágrimas; pero ni una siquiera prorumpió en gritos de odio, ó de adulacion al vencedor. ¡Dichosa Prusia que no fué dividida, y conservó su dignidad en medio de su desastre! La entrada del enemigo

no llevaba consigo la ruina de un partido, ni el triunfo de otro, ni habia en el seno de aquella nacion una faccion indigna que, rebotando odioso úbilo, aplaudiese la presencia de soldados extranjeros. ¡Nosotros los franceses, mas desgraciados en nuestros descalabros que los prusianos, hemos visto ese gozo execrable, porque nada nos ha quedado por ver en este siglo: todo, todo lo hemos presenciado, los extremos de la victoria y la derrota, de la grandeza y la abyeccion, del patriotismo mas puro y la traicion mas negra!

Napoleon recibió de manos de los magistrados las llaves de Berlin, y despues se trasladó á palacio, donde dió audiencia á todas las autoridades públicas, empleó un lenguaje dulce y consolador, prometió que sus soldados tendrian orden, con tal que lo tuviesen los habitantes, y solo habló en tono severo de la aristocracia alemana, diciendo que á ella se debian los males de Alemania, que se habia atrevido á provocarle á entrar en lucha y que la castigaria, reduciéndola á que tuviese que mendigar el sustento en Inglaterra. Por lo demás, se instaló en el palacio del rey, y allí recibió á los representantes de las córtes amigas, llamando tambien á Berlin á Mr. de Talleyrand.

Sus boletines en que contaba día por día lo que iba haciendo el ejército, en que respondia muchas veces con virulencia á sus enemigos, que eran una recopilacion de reflexiones políticas, y de lecciones para reyes y pueblos, los dictaba él rápidamente; pero antes de ser publicados, solia revisarlos Mr. de Talleyrand. En ellos referia los progresos que hacia en el pais enemigo, y hasta lo que sabia acerca de las causas políticas que daban

lugar á la guerra; pero en los de Prusia prodigó homenajes de respeto á la memoria del gran Federico, pruebas de aprecio á su desgraciado sucesor, dejando entrever que se compadecia de su debilidad, y virulentos sarcasmos contra las reinas que se mezclaban en los negocios de Estado, esponiendo sus esposos y su patria á espantosos desastres; tratamiento poco generoso para con la reina de Prusia, que bastante tenia con el sentimiento que le causaban los errores que habia cometido; y con sus desgracias, para que hubiera quien añadiese el ultrage al infortunio. Aquellos boletines, en que se traslucia con sobrada claridad la licencia de un soldado vencedor, atraieron á Napoleon la crítica de muchas personas, en medio de los gritos de admiracion que sus triunfos arrancaban hasta á sus mismos enemigos.

Enfurecido como se hallaba contra el partido prusiano, que habia promovido la guerra, recibió severamente á unos enviados del duque de Brunswick, que como ya sabemos, fué mortalmente herido en la batalla de Awerstaedt, y que antes de espirar, recomendó á la clemencia del vencedor su familia y sus súbditos. ¿Qué tendria que decir, les contestó Napoleon, qué tendria que decir el que os envia, si hiciera yo sufrir á la ciudad de Brunswick el trastorno con que amenazaba hace quince años á la capital del gran pueblo que yo gobierno? El duque de Brunswick desaprobó el insensato manifiesto de 1792, y era de creer que con la edad podria en él la razon mas que las pasiones; pero sin embargo ha vuelto á autorizar con su nombre las locuras de una juventud aturdida que ha perdido á Prusia! A él

le tocaba mantener en su respectiva línea de conducta, á las mugeres, á los cortesanos, á los oficiales, y dominar á todo el mundo con la autoridad de su edad, sus luces y su posición; pero no ha tenido fuerzas para ello, y la monarquía prusiana ha venido á tierra, siendo yo el dueño de los Estados de Brunswick. Decid al duque que lo trataré como se debe tratar á un general desgraciado, justamente célebre, y herido por el mismo instrumento que á todos nos puede alcanzar; pero que no puedo consentir siga siendo príncipe soberano un general del ejército prusiano.»

Estas palabras, que publicó en los boletines daban á entender que Napoleon no queria tratar mejor el derecho de soberania del duque de Brunswick, que el del elector de Hesse. Por lo demas si con unos se mostraba duro, á otros los trataba con benevolencia y generosidad, segun la mayor ó menor participacion que habian tenido en la guerra, por lo cual habló en terminos muy urbanos del anciano mariscal Mollendorf. Estaban en Berlin el príncipe Fernando, hermano de Federico el Grande, y padre del príncipe Luis, así como la princesa su esposa; la viuda del príncipe Enrique, y dos hermanas del rey, una recién parida y otra enferma, y Napoleon fué á visitar á todos aquellos miembros de la familia real con el mas profundo respeto, conmoviéndolos con aquellas atenciones, pues no existia á la sazón ningún soberano, cuya deferencia valiese tanto como la suya. En la situación que habia llegado á ocupar, sabia calcular sus menores demostraciones de benevolencia ó severidad, y usando en aquel momento del derecho que tienen todos los generales

en tiempo de guerra, de interceptar la correspondencia para descubrir la marcha del enemigo, se apoderó de una carta del príncipe de Hatzfeld en que este noticiaba al de Hohenlohe la posición que ocupaba el ejército francés en los alrededores de Berlin. El príncipe de Hatzfeld, como gefe que era del gobierno municipal establecido en Berlin, habia prometido bajo juramento que nada emprenderia contra el ejército francés, y solo se ocuparia en mirar por el reposo, la seguridad y el bienestar de la capital; de suerte que habia contraído un compromiso de lealtad para con el vencedor, quien por interés hacia el país vencido, consintió en dejar al frente del gobierno una autoridad que hubiera podido abolir. Con toda la falta era muy disculpable, siendo como era hija del patriotismo, que es uno de los sentimientos que mas honran al que los abriga; pero Napoleon temia no imitasen aquel ejemplo los burgomaestres, y que el enemigo supiese sus movimientos hora por hora. Quiso, pues, intimidar á las autoridades prusianas con un acto de rigor que hiciese ruido, y no sintió que recayese sobre uno de los principales individuos de la nobleza, acusado de haber sido ardiente partidario de la guerra, acusacion falsa, porque el príncipe de Hatzfeld pertenecia al número de señores prusianos que tenian moderacion, por lo mismo que eran ilustrados. Napoleon mandó llamar al príncipe Berthier, y encargar al mariscal Davout, con cuya severidad contaba, que formase una comision militar, para que se aplicara al príncipe de Hatzfeld por su conducta las leyes de la guerra contra los que se dedican al espionaje. Cuando el príncipe Ber-



thier supo la resolución que había tomado Napoleón, hizo esfuerzos inútilmente para disuadirle de ella y no atreviéndose los generales Rapp, Caulaincourt y Savary á hacerle reflexiones que solo estaban bien en boca del mayor general, se hallaban consternados. No sabiendo, pues, á que medios recurrir, ocultaron al príncipe en palacio, so pretexto de mandar prenderle, y avisaron á la princesa de Hatzfeld, jóven interesante que se hallaba en cinta, el riesgo que amenazaba á su esposo. La princesa corrió á palacio, y no podía llegar mas á tiempo, pues ya estaba reunida la comision, y había pedido los documentos que probaban el delito. Napoleón que acababa de dar una vuelta por Berlín, se apeó del caballo, é iba á poner el pie en el umbral de palacio, al son de las cajas que tocaban marcha, cuando se presentó delante de él sumamente afligida la princesa de Hatzfeld, á quien acompañaba Duroc. Sorprendido de aquel modo, no podía negarse á recibirla, por lo cual le concedió la audiencia en su gabinete, y viendo que la princesa estaba sobrecogida de terror, hizo que se acercase á donde él estaba, para darle como le dió á leer la carta interceptada, diciéndole:—¿Conoceis señora la letra de vuestro marido?—La princesa temblaba de pies á cabeza, y no sabía que contestar; pero Napoleón la tranquilizó, añadiendo:—Quemad la carta, y con eso no tendrá la comision militar pruebas que acrediten la acusacion.

Aquel acto de clemencia, que no podía rehusar Napoleón despues de haber visto á la princesa de Hatzfeld, le costó sin embargo, porque entraba en sus proyectos intimidar á la nobleza alemana,

particularmente á los magistrados de las ciudades, que revelaban al enemigo el secreto de sus operaciones; pero mas tarde conoció al príncipe de Hatzfeld, apreció en su verdadero valor su carácter y talento, y se alegró de no haberle entregado á la justicia militar. ¡Dichosos los gobiernos que tienen amigos prudentes que retarden sus medidas de rigor! No se necesita que la tardanza sea muy larga, para que dejen de querer se ejecuten esas medidas á que iban á recurrir al principio con tanta vehemencia.

Durante aquel tiempo no dejó Napoleón de dirigir los movimientos de sus lugartenientes contra los restos del ejército prusiano, pues estando como estaba situado en Berlín con sus principales fuerzas, ocupaba á los prusianos el camino recto que vá del Elba al Oder, y solo los dejaba para que pudieran llegar á este último rio, caminos largos, casi impracticables y fáciles de interceptar. Efectivamente, Berlín se halla entre el Elba y el Oder, á igual distancia de estos dos rios, y las llanuras de arena cuya descripción hemos hecho ya, se aproximan al Báltico hácia Meklemburgo, levantándose en forma de colinas y presentando una série de lagos de todos tamaños, que están paralelos al mar, y á que no puede darse nombre por su escesivo número. La corriente de aquellos lagos, contrariada por la cordillera de dunas, en vez de dirigirse rectamente hácia el mar, se encamina á lo interior del país por un raudal de agua de escasa importancia, esto es el Havel, que corre hácia Berlín, donde se encuentra con el Sprée que viene de direccion contraria, es decir de Lusacia, provincia que separa á Sajonia

de Silesia. El Havel y el Sprée confunden sus aguas junto á Berlin, se esparcen por los alrededores de Spandau y Potsdam, donde forman otros lagos, que Federico el Grande cuidó de embellecer, y por un movimiento á la izquierda se dirigen al Elba; de suerte que describen una línea transversal, que por una parte une á Berlin con el Elba, y por la otra, continuada por el canal de Finow, junta á dicha capital con el Oder. Por medio de aquel pais, surcado por raudales de agua naturales ó artificiales, y cubierto de lagos, selvas y arenales, es por donde debían pasar los restos fugitivos del ejército prusiano.

Napoleon, situado en Potsdam y Berlin desde el dia 25 de octubre, podia anticiparse á ellos en cualquier direccion que tomasen, pues tenia el cuerpo de Lannes en Spandau, los de Augereau y Davout en el mismo Berlin, y por último, el de Bernadotte mas allá, unos y otros dispuestos á marchar, así que hubiese el menor indicio de la direccion que seguia el enemigo, para averiguar, cuya direccion mandó Napoleon á la caballería que rondase alrededor de Berlin y Potsdam, y recorriese las orillas del Havel y el Elba.

Spandau se habia rendido ya, pues aunque aquella plaza, situada muy cerca de Berlin, en medio de las aguas del Sprée y el Havel, fuerte por el sitio que ocupa, y respetable por sus obras, podia oponer una larga resistencia, á tal extremo habian llegado la presuncion é incuria del gobierno prusiano, que ni siquiera armó la plaza, aunque los almacenes de que estaba provista contenian un material de consideracion. El 25, esto es, el mismo dia en que Davout entró en Berlin, Lan-

nes se presentó al pie de las murallas de Spandau y amenazó al gobernador con que seria tratado del modo mas severo, si no consentia en rendirse. En las murallas no habia cañones; la guarnicion queria capitular, porque participaba del terror que habia penetrado en todos los corazones; y el gobernador era un militar anciano á quien habian quitado los años la energia; conociendo todo lo cual Lannes, le asustó refiriéndole los desastres del ejército prusiano, y le arrancó una capitulacion, en virtud de la que fué entregada la plaza inmediatamente á los franceses, y la guarnicion declarada prisionera de guerra. Se necesitaba la imprevision del gobierno, que no habia cuidado de armar aquella fortaleza, y la desmoralizacion que reinaba en todas partes, para esplicar una capitulacion tan estraña.

El emperador se trasladó á Spandau, y resolvió convertirla en el tercer depósito de los que queria formar en Alemania, pues aquel punto ofrecia tantas mayores ventajas, cuanto que estaba situado á tres ó cuatro leguas de Berlin, rodeado de agua, perfectamente fortificado, y lleno de una inmensa cantidad de granos. Napoleon mandó armar la plaza al instante, construir en ella hornos; almacenar municiones, organizar hospitales, y por último, hacer lo mismo que en Witemberga y Erfurt, enviando allí cuanta artillería, fusiles y municiones de guerra habia recogido en Berlin. En dicha capital encontraron nuestras tropas trescientas bocas de fuego, cien mil fusiles, y mucha pólvora y proyectiles, cuyo vasto material, así como una gran cantidad de grano, fueron puestos á recaudo contra cualquier